

José María Izquierdo

Svartbak





*José María Izquierdo (Valencia, 1954).
Licenciado en Filosofía Pura. Crítico literario y
autor de numerosos ensayos. Fundador de la
colección QUERVO POESIA de Valencia. Ha
publicado, Tensión de alumbramiento (1985),
Hamnøy (1987), RUMBO PÁNICO, él (1989) y
El bosque dorado (1989). Algunos poemas suyos
han sido traducidos al italiano en la revista "La
Vallisa" (1985). Actualmente reside en Oslo.*

José María Izquierdo

Svartbak

NARRATIVAS MALVARROSA

Svartbak

Dirección Editorial: Uberto Stabile

SVARTBAK

© José María Izquierdo

Editorial Malvarrosa, Valencia 1989

c/. Caballeros, nº 19 - Valencia 46001

Fotocompone: J.J. Brotons, Matías Perelló, 53-10ª Valencia

Imprime: Ocmo, Salvador Pau, 38 - 46012 Valencia

Depósito Legal: v-3177-1989

A mi padre.

*"Jeg gikk meg vill i skogene
og natten stunder til.
Nå vil jeg tende opp igjen
en annens gamle ild
og siden følge sporene
hvor også han for vill."**

INGER HAGERUP, *Jeg gikk meg vill i skogene.*

(*) "Me perdí en los bosques / y la noche se acerca. / Voy a encender otra vez / un antiguo fuego de alguien / y más tarde seguir las huellas / por donde también él se perdió."

INGER HAGERUP. *Me perdí en los bosques.*



UNA NOCHE EN SNERTINGDALEN.

Me he quedado solo, Sonja bajó a la granja de los Stenseth para encargar la leche de mañana. Enciendo la estufa de hierro, crepitan abedules y abetos mientras la casa se llena de color. Otoño en el hogar, en las luces del bosque cercano y en el lánguido atardecer. Otoño en el recuerdo. Acercó una astilla al fuego, la enciendo, y jugando con una llama incierta en su condición de símbolo la aproximo a uno de los habanos que me trajeron del sur. Aspiro una bocanada de humo, quito la vitola, me sirvo un café en la cocina y recorro con la mirada el horizonte, sus granjas, sus verdes miedos verticales, su nueva noche otoñal. Revivo, entonces, un sueño que creí imposible.

Cambiará el tiempo, los verdes y rojizos pardos se agotarán en el blanco de la nieve y tendremos que bajar a la ciudad. Ya no habrán aquellas fugaces visiones de los alces, ni las visitas de los zorros con sus crías; ya no sabremos de los terneros de Magnus, ni de nuestra vaca preferida. Røda, la roja del "campesino viejo". Pronto llegará el invierno y con él la tediosa vuelta a la monotonía de la ciudad, a los paseos rápidos, a los cafés con leche despersonalizados, a las copas de akevitt mientras el vaho de las palabras se escarcha en las ventanas del Café Justisen. Será el retorno a la oscura mecánica de los días y las noches.

Hace frío, lo siento como la gélida sensación que produce la fiebre cuando estoy enfermo, un cuchillo de hielo que penetra en los huesos. Pronto volveremos a visitar, en un Oslo congelado, a las ardillas del Jardín Botánico, tras la obligada visita al Museo Munch. Y esperaremos, entonces, la primavera, sus noches cortas y los largos paseos por Hovedøya. Y tras la primavera el inicio del verano, la desaparición de la noche, la locura de los pájaros, y esas gambas, y ese vino del Mosel que beberemos

riendo en algún lugar de nuestra "isla de las flores". Atrás quedarán los paseos por Kampen y Vålerenga. Pero hace frío, y es un cuchillo de hielo, y la noche inicia su otoñal reinado.

Voy a la cocina, me sirvo una copa de brandy y otro café. Vuelo a la sala, a la mesa, a la silla, a mi estilográfica, a los escaldos –esos malditos poetas cortesanos, escandinavos, medievales y escurridizos–, a la Edda de Snorri, a mi iglesia de Urnes.

Apago la luz de la habitación, enciendo el flexo. A mi izquierda, la ventana, el bosque, la luna, la fría serenidad del otoño. Al fondo, frente a mí, el fuego de la estufa reducido a rescoldos, a mi derecha el vacío, el abismo que describe la oscuridad en el límite de la mesa. Detrás, una fotografía de Finn en su veraniega visita al "Briksdalsbreen"* . En el suelo, una alfombra adornada con los colores de octubre sobre el gris pintado en la madera, y en el techo la sola presencia de un blanco perplejo.

Quiero abandonarme en el misterio de un kenning**, pero creo sentir una presencia que me pone a la expectativa de alguna perturbación. Un leve roce, un ligero crujido de la madera, un lejano lamento en forma de llamada desde distintos puntos en la noche, y el fulgor de unos ojos que despiertan en algún rincón. Es Bamsito, nuestro gato; cruce de la raza de los bosques. Su mirada inquisidora, su suave ronroneo y el canto nínfeo de su maullar me anuncian que son las nueve, la hora de su cena.

Vuelvo a la cocina, abro una lata y deposito, junto a su contenido vertido en el plato, un montón de croquetas de comida seca y el inútil vaso de agua. Me abandono en estos movimientos lentos, automáticos, y tras una fugaz visión del campo en la noche, cierro la puerta que comunica la cocina con el zaguán y camino hacia la infernal traducción.

Mañana toda la ciencia de los valles se encontrará esparcida sobre la mesa en forma de rømme, vafler y mermeladas de los

pequeños frutos del bosque. Merendaremos en el jardín con nuestros amigos, hoy de visita en el Mjøsa***, y caerá la tarde. Y recordaremos, como siempre, los días felices del verano en las montañas de Rondane y el descenso al valle de Gudbrandsdalen. Y así, en el prematuro otoño de Snertingdalen, añoraremos el calor del verano y sus fantasmales noches.

Transcurre el tiempo con la exacta lentitud del reloj del bosque y del valle. Las sombras lo envuelven todo y yo salgo hacia la leñera. La noche es fría, y sobre mí, y sobre los campos parece adivinarse el reflejo de la Vía Láctea. Escojo los trozos de madera, rechazo los de abeto, elijo los de abedul y los de roble, tan aromáticos, y vuelvo a casa.

Miro a través de la ventana de la cocina, a través de sus cristales, y el mundo interior de la cabaña se me manifiesta como si de mi vida se tratara. Hace frío, la luna, las estrellas, los satélites y planetas no transmiten ningún calor, tan sólo la compañía de su lejana e inalcanzable presencia. Se hace tarde y Sonja no viene, se hace tarde, y el tiempo transcurrido se recrea con sus formas fantasmales. Todo, a cada instante, es pasado y éste, a su vez, no es ni tan siquiera tiempo detenido, tiempo que agoniza. Sólo ficción. Siento crecer la hierba aprovechando los últimos días sin nieve. Comprendo su tranquilo desarrollo. Oigo el rumor somnoliento del arce, de los abedules, del roble que comienzan a desprenderse de sus hojas. Escucho a lo lejos los ladridos de un perro, confundidos con la sonoridad del viento a su paso por la arboleda cercana.

Veo la negrura de los verdes pánicos del bosque recortándose en el horizonte azul claro de la noche escandinava. Huelo el dulce olor de la descomposición, la llegada del invierno. Y pienso si no estaré aquí, si todas estas percepciones de los sentidos no compondrán el paisaje de un extraño y real sueño.

Entro en casa. Pongo más leña en la estufa. Me hago otro café. Me enciendo un cigarrillo negro. Me siento en el sofá y observo

como el humo es un tiempo visible que, poco a poco, envuelve la atmósfera y se desvanece. Ahora estoy en medio de un silencio conocido. Ese querido compañero de las frías noches, de los heladores amaneceres escribiendo. Reconozco en él una voluntad superior que domina desde la luz oscura. Una revelación de la nada y del todo en la que me reconozco desde su escritura. Mi camino de salvación y olvido. Escribo, comienzo a escribir una historia de símbolos pánicos, y un suicidio, y un retorno, y un viejo anhelo en forma de manuscrito, y su imposible horizonte. Y llega la tejedora con nuevas noticias de alces y zorros. Y vuelve el gato. Y hacemos la cena entre risas y bromas, y es de noche, y las sombras y el frío reinan en el dorado bosque de Snertingdalen.

Nybak. Otoño de 1987

- (*) Una de las lenguas del mayor glaciar de Noruega, *Jostedalsbreen*.
- (**) Junto con los *Heiti* y su vocabulario arcaico, los *Kenninger* eran los recursos poéticos más utilizados por los poetas cortesanos escandinavos. Los *escaldos* utilizaban este tipo especial de perífrasis metafórica formada por un sustantivo central al que se le añadían otros en genitivo.
- (***) El lago *Mjøsa* es el mayor de toda Noruega, separa las provincias de *Oppland* y *Hedmark*. El valle de *Gudbrandsdalen* y su río -el *Lågen*- desembocan en él.



I

"...Pero otros, Raza del Final, límite espiritual de la Hora Muerta, no tuvieron el valor de la negación y el asilo en sí mismos. Lo que vivieron fue en la negación, en el desconocimiento y en el desconsuelo. Pero lo vivimos desde dentro, sin gestos, encerrados siempre, por lo menos en el género de vida, entre las cuatro paredes del cuarto y los cuatro muros de no saber hacer."

FERNANDO PESOA, Libro de desasosiego.

"En el horizonte se mece la negra silueta de Svartbak"

25 de Octubre

(Dagbladet, Oslo)

ACCIDENTE EN NORDLAND.

En la isla de Moskenes, en Lofoten, tuvo lugar un accidente que pudo ocasionar la muerte de... El visitante del sur, quizá movido por el vértigo que a todas luces padece, cayó a las tres de la madrugada del día de ayer por el acantilado llamado del "nido del svartbak". La caída, libre hacia el mar, le ocasionó múltiples contusiones y una conmoción cerebral. Su estado es muy grave, hallándose ingresado, tras ser rescatado por un pescador de la costa, en el hospital de Bodø.

"Alcé la mirada al escuchar el vuelo del Svartbak"

*Uno de noviembre
(Hospital de Bodø)*

Luz. Vacío. Oscuridad. Dolor o recuerdo del dolor. Movimiento, o un mero atisbo de pensamiento en el silencio. Golpe, tambor, inyección, tubo, túnel. Espiral helicoidal, no... ¡No matéis esa luz! No me neguéis el pensamiento. Me muevo, nada. ¿Nada o nadie? Golpes, trallazos más y más fuertes. Pasos. Se acercan, ¿Se acercan? Huele fuerte, duro, áspero y dulce. Hospital, y mañana quizá la muerte. Muerte, vuelo del navegante, noche y el viento que vertiginosamente golpea mi rostro, un rostro, hiriendo unos ojos. Mis ojos, hiriéndome los ojos... ¿Mis ojos? ¿Dónde? Sal, húmeda sal en la noche. Me ahogo.

* * * * *

Han rasgado la noche, encendieron la ventana, (¿ventana?) incendiaron mis sentidos y otra vez un pinchazo en la vena. No siento, no pienso en nada de lo que me rodea, pero cuento el recorrido de la sangre por mis venas, el latido lánguido, lento y constante. Me preocupa la carencia de aire en mis pulmones. Carencia que sin ser angustiada sí que supone la molestia de no poder tragar. Tragar, boca... ¡Dios mío, qué tengo en la boca!

* * * * *

Creo que he dormido. O quizá estoy soñando. Lo estoy probablemente. Cuento, uno, dos, tres... no sé, todo un universo de interrogantes se agolpa en su cadena interminable. Creo, sueño, respiro, pero... ¿Quién soy? o mejor. ¿Qué soy?

* * * * *

Ese sonido distante y cercano. No, no ¡por Dios! ¡No! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah, Ah, Aaaaah, aaaaah...! ¡Otra vez no! ¡No! ¡No quiero volar, no puedo morir noooooooooo! ¡No!

* * * * *

Oigo voces. ¿Fuera de mí o en mi cabeza? Dicen algo. Sí, hablan, me encontraron caído de la cama. ¿Cama? Parece que estoy otra vez en ella. No lo sé, ya ni me siento... ..ya llega otra vez, es como el atardecer en la islas, una luz roja, naranja y después el azul y la noche, me duermo. Sí, me duermo y me voy y me desvanezco. Debo estar enfermmmmmm...

* * * * *

Debo estar enfermo. Hace frío como en el recuerdo, en mi pensamiento, en aquella noche sin fin. Me interrumpen. Susurros y voces tajantes. Me levantan, me tiré —dicen— del acantilado. Me acuestan en él, ahora cálido como una caricia, y llega la noche.

6 de noviembre

(Hospital de Bodø)

Un destello blanco sobre la mancha verde. Un relámpago. Amanece o despierto. Pronto llegará la maldita enfermera, su conmiseración y la inyección de valium. Hace ya una semana que desperté del sueño o tal vez fue ayer. Nadie me dice nada o quizá sí y yo no soy capaz de recordar, uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis... ya puedo numerar pero los gritos en la noche, el viento y esa terrible tempestad que estalla en mi cerebro sin previo aviso, con la brutalidad del chasquido de un latigazo, me hacen olvidar ese juego. Pasan las horas, ¿horas? No hay noción de tiempo para un enfermo, sólo la línea continua de la barra de los pies de mi cama, esa paradójica y eterna separación con su cabecera. Huele a hospital, se escuchan los murmullos del dolor, se acerca el alba, las frías horas de la muerte. Hace tiempo o quizá sólo por un instante llegué al convencimiento de que nada hay tan terrible como la luz hospitalaria y la noción de espacio que transfiere el eficiente caminar —los pasos— de la enfermera sobre sus zuecos. No tengo visitas, o tal vez sí. Soy un inválido porque carezco de recuerdos. Vivo en un largo presente marcado tan sólo por los fognazos de mi cabeza y los pinchazos de valium que me hacen sonreír con la placidez de los locos dopados. Ya no grito ni veo en las ventanas el único escape de tanta humillación. No recuerdo ni mis emociones. Estoy vacío y lleno. No hay recuerdos, sólo las explosiones de luz en mi cerebro. Debo estar loco o por lo menos enfermo, las miradas del doctor lo indican. Soy un caso clínico y ya no deseo ni tan siquiera la muerte. ¿O tal vez sí? Carece de importancia porque soy sólo pensamiento. Pensamiento entubado, discurso ininterrumpido. Ya sé que no estoy viviendo un sueño, ni tan siquiera una pesadilla. Me debo haber vuelto loco y aunque sea una locura no llego a comprender ni el cómo ni el cuándo ni el

porqué.

* * * * *

Ahora parpadeo frenéticamente, me siento las pestañas. Gozo del placer que supone humedecer mis ojos siempre abiertos. ¿O es posible que no? El gesto de cubrir la miradas con la fisiología. Soy un genio, domino mis párpados. Pero soy incapaz del recuerdo. Y me siento como en un estuche. Mi mente está envuelta en una materia que no responde. Sólo los párpados... y esa horrible sensación que supone el pensar que me va a estallar el cerebro. Ya llegan, creo recordar, o algo por el estilo, que se habían marchado. ¡Cómo puedo hablar de recuerdos! Esa es una palabra que carece para mí de sentido. Por lo menos guardo la sensación de unidad. Soy yo, un desconocido que sabe parpadear y que se angustia con palabras. Con pensamientos lingüísticos. Pero ya vuelven. Revisan los tubos, creo que van a lavarme. Eso dicen. Me mueven pero ya no tengo miedo, sólo una extraña sensación de frío y humedad. Hoy es posible que no me estalle la cabeza, sería terrible, creo que no podría parpadear. Debo estar sanando.

10 de noviembre

(Hospital de Bodø)

Hoy la luz parece lo que creía yo que era luz. Hoy la blancura de las sábanas tiene la consistencia de la tela. Hoy la cama se ha detenido. Hoy tengo la extraña sensación de un primer recuerdo y me encuentro ante la perplejidad de mi propia tranquilidad ante el infierno de tener un pasado. Hoy creo estar definitivamente sano porque deseo irremediablemente la enfermedad.

* * * * *

Nunca debió llegar octubre. No debería existir la literatura del otoño, basta con la mirada. Es posible que haber sobrevivido a aquella conversación me ocasione el sentir la certeza de volver

del infierno. De un infierno claramente definido por la sensación del vacío en la caída. Hoy creo saber que nada en el mundo de la vida tiene sentido dado el carácter tristemente azaroso del nacimiento de la especie humana."El animal que se autoengaña para poder resistir la miseria de su paseo biosférico". Es cierto, nunca debió llegar octubre ni tampoco yo debí permitirme aquella conversación que sólo presagiaba mi actual estado de ente-entubado-transfusionado-y-trilitatizado. Porque aquello rompió el frágil equilibrio del transcurrir y el pensar. Porque supuso la rotura del dique concienzudamente construido para proteger aquella mecánica del latido, de los excesos de una mente siempre ociosa, siempre conceptualmente abstracta. Es verdad, nunca debí permitir el asalto del otoño fuera de lo estéticamente permitido, ni tampoco las pesquisas de aquella conversación ajena a los sentidos. Creo ver aquel atardecer en la embocadura del fiordo, creo sentir el ligero estremecimiento del cuerpo ante la renovada oscuridad de la noche, creo soñar de nuevo con aquel presentimiento de una nueva tormenta en la isla, de una nueva discusión en torno a las viejas alegorías nórdicas. Creo recordar, en fin, el espacio escénico de mi penúltima pesadilla.

* * * * *

Ahora sé que fue su mirada, la gélida mirada del que está más allá de toda posible vida, el gesto de un hombre que ya murió una vez y que recuerda que ya no está, posiblemente, vivo. Fue entonces cuando se abrió la puerta que no debió ser construida. En aquel instante supe que el fin se inició en el comienzo, que nada tuvo sentido, que el mundo del que yo formaba parte era repugnante, y deseé esconderme, pero ya no había escondite posible, ni rincón, ni desván, ni tan siquiera el oscuro pasillo familiar, y de pronto comprendí la lógica de la trampa que yo mismo había tejido, y deseé saltar. Sí, deseé saltar y la angustia de no encontrar ventanas en aquel santuario de la oscuridad se

agolpó en mi cuello. La carne se estremecía, el cabello dolía mientras pugnaba por rasgar mi cuero cabelludo. Y deseé saltar, ¡Dios como ansiaba la altura de una certera caída! Y busqué ventanas allí donde sólo existía la noche de mi conciencia. Y quise abandonar el recuerdo de sentirme vivo, la onírica sensación de ser alguien y no ser un mero algo. Y ya en la escalera miré hacia la puerta y pugnó el cuerpo por reingresar al grupo que se calentaba junto a un fuego, siempre casi extinto, pero triunfó mi tristeza. La tristeza de sentirme vivo, agotadoramente vivo, con una mente que no cesaba de gritar, de susurrar en el silencio de mis pensamientos la esencia misma de su ser. La negación del existir. Había que saltar, lo dictaba mi delirio y con él la razón de lo absoluto, del pensamiento abstracto, del perfecto sentir angélico. Pero, ¿Dónde estaban las malditas ventanas? ¿Dónde el vacío compondría la insólita curva de un fin no premeditado? Y los sonidos de la noche, el crepitar de un fuego con leña de abedul, la melancolía de un último recuerdo, el esfuerzo de abrir la doble ventana, la última mirada a la negación ingravida del vacío, el vislumbrar un cielo del norte siempre estrellado, el frescor del bosque cercano, el olor de la salitre en el fiordo, el sonido del viento deslizándose entre las rocas... Y un instante, un segundo que ahora recuerdo con la eternidad de esta cama que me vincula a una vida de sensaciones ajenas al pensamiento.

Sé que siempre ha sido demasiado tarde para mí y aún lleno de mi triste melancolía escucho, con la ansiedad del viajero que espera en el camino la rotundidad del deseado amanecer, el eficiente taconeo de la enfermera de guardia.

17 de noviembre

(Hospital de Bodø)

Hoy me han dado de alta. Hoy han decidido que estoy curado, que debo volver al sur de donde no debí salir nunca, que ya estoy

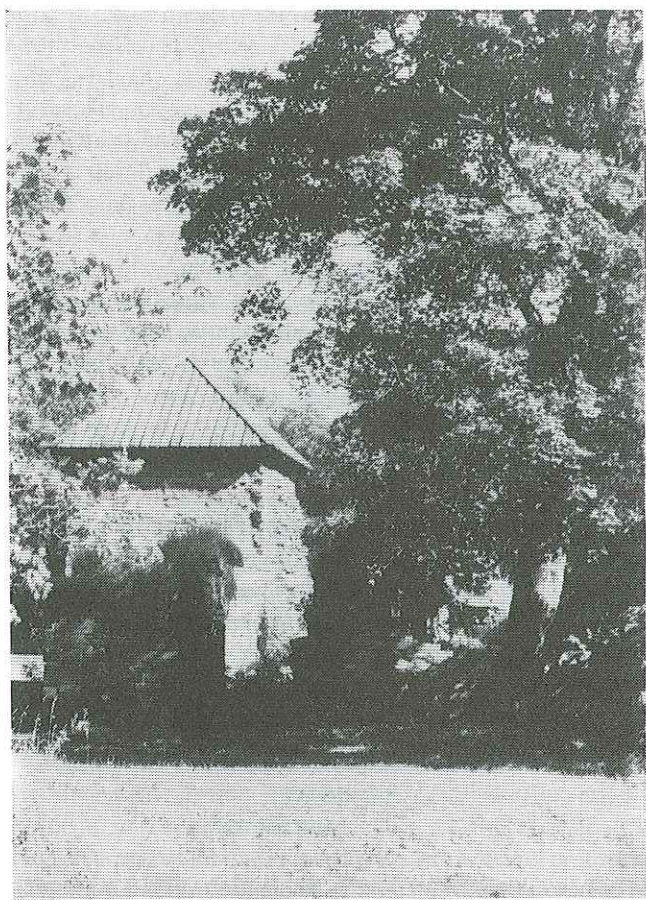
listo para agotarme en otro combate imposible con mi estudio, con mis poetas cortesanos. Hoy —lo dice un pequeño papel con forma de receta médica— debo volver en mí y retornar a la vida. Hoy debo comenzar de nuevo a desenredar la madeja del ser y yo mismo olvidando al “otro”. Hoy dicen los médicos y lo dice también mi enfermera (siempre) de guardia debo olvidar. Debo dejar de atormentarme, debo disfrutar de la vida, debo... Debo hacer el equipaje. Recoger la ropa que me han traído para no tener que usar la que llevé en mi alto vuelo, plegar las mudas, anudar los cordones de la zapatillas, envolverlas en una bolsa de plástico, doblar —cuidadosamente— los calcetines, los calzoncillos, las camisetas. Colocar en el centro de la bolsa la inútil radio sin pilas para evitarle golpes y las dos novelas de Jünger que me ayudaron a pasar los últimos días en la semi-inconsciencia de la lectura. Noviembre, diecisiete y un trabajo empezado que deberé terminar en mi casa del Saler. Me voy. Sí, he de ir al sur aunque sé que algún día volveré al inquietante norte, a Moskenes.

* * * * *

Nadie me dice nada y se dirigen a mí entre susurros. Parece como si creyeran que soy de cristal. Infelices. Lo recuerdo todo, lo sé todo, lo siento todo como en aquella noche atormentada, y ya todo carece de sentido. Parece mentira, pero es difícil asumir que uno no sabe vivir porque no se “encuentra” en el comportamiento educado de los que le rodean. Y además está el problema del querer ser el otro cuando se es yo y yo cuando se asume el papel absurdo de aquel otro. Es una quimera adivinar qué piensan esos que me ordenan la curación y el retorno al Mediterráneo. Es casi imposible que sepan que adonde yo vaya tendré la compañía del recuerdo.

* * * * *

Saludos. Me tienden la mano el médico, el psiquiatra, la enfermera, se despiden con una sonrisa, no sé si de alivio por mi partida. Me siguen mirando con conmiseración. Bajo las escaleras, el cielo está nublado. El suelo húmedo y el invierno temprano de Bodø me estremecen. Cojo un taxi para que me lleve a la estación de trenes y de allí a Trondheim para llegar finalmente a Oslo y su otoño tardío y su olor a hojas muertas y su museo Munch y su puerto y su isla de Hovedøya y esa impresentable salida del aeropuerto de Fornebu. Volver a la vida, a la mecánica de los cuerpos pesados, a la fatiga de pagar deudas, de trabajar maldiciendo, al roce constante con imágenes confusas de figuras semejantes a tí. Sí, volver a encontrarme —de nuevo— con los problemas pendientes agazapados a la vuelta de la esquina, las pequeñas molestias estomacales, ese pertinaz dolor de cabeza, los venerables recibos de las “tres marías” — luz, gas teléfono— el pago de los impuestos, la disputas con la estúpida e ineficaz burocracia y coger el avión y encoger las piernas después de haber pagado por exceso de equipaje y soportar al niño de atrás y al necio preguntón de delante. La vida, o quizá sea mejor ponerla entre interrogantes. ¿La vida?



II

"El mundo se ha nublado; bosques oscuros se levantan. Poco a poco la visión se hace más clara; también a vivir hay que aprender"

E. Jünger, Siebzig Verweht



"Luz de la oscuridad, vuelo lunar, Svaribak."

Quizá hubiera podido ocurrir de cualquier otra manera y sin embargo creo que fue la luz la causante de mi recuerdo. La luz y aquel viejo manuscrito releído horas antes: Thule.

Caía la tarde. El cielo, cerrado de nubes, anunciaba el fin del verano acrecentando la melancolía de la proximidad del horizonte. El paseo sin rumbo me llevó por la vereda del bosque a la zona umbría donde los pasos transitan entre los pinos que cubren el cielo con sus ramas. En esa hora en que nada y todo se suspende en forma de tensión apareció, de nuevo, el ingrátido vuelo de una gaviota atravesando aquel silencioso y frágil instante, en la pequeña arboleda que rodea mi casa.

Un vuelo de gaviota y el recuerdo de mi cabaña en Hmnøy en la pequeña embocadura del fiordo de Reine de las para mí ya nunca lejanas islas Lofoten.

Nunca como ayer sentí la proximidad del deseo de retornar a la vieja cabaña del fiordo. Nunca, antes, mi mirada extrañaba los tenues cambios del tiempo ensimismada en los rojizos, grises y ocres del bosque otoñal.

Habían transcurrido muchos años desde aquel día de noviembre, en que me dieron de alta en el hospital de Bodø. Recuerdo aún las sonrisas forzadas y los rostros preocupados. Aquellos gestos que denotaban el interés por alejar de ellos un problema, a todas luces, irresoluble.

Hacía frío aquella temprana mañana de otoño, aunque la emoción de abandonar el norte y una buena parte de mi vida impedía sentir algo que no fuera un ligero estremecimiento en el estómago. Pero no, no voy a mencionar los sentimientos, es la luz lo que importa. El tenue soplo del viento en la calma del fiordo. La verticalidad de la mirada al alzarse entre las escarpa-

das rocas al trasluz de un reflejo de acero.

La luz del fiordo, la luz del norte que te hiere el alma, que te impide volver al recuerdo porque todo lo llena filtrándose en tus ojos, abismando a tu corazón enfermo de luz.

Recuerdo ahora, cuando como en un rito vuelvo a escoger lo necesario para mi retorno a Noruega, a la vieja cabaña de Snertingdalen, al rorbu* de Gunhild y Jon en el fiordo de Reine, a Oslo; las noches en vela traduciendo a los poetas cortesanos con el edredón sobre los hombros, un cigarrillo empezado el día anterior y religiosamente guardado en la tabaquera junto al paquete de "Tiedemans" y un vino caliente en la cabeza.

Pienso, ahora, en esta casa de verano que abandono de nuevo un octubre diez años más viejo, en las fugaces miradas a la negrura de la casi eterna noche, con la fantasmal nieve cayendo bajo la luz de un eficaz alumbrado público. El sordo sonido de la nieve al caer en un supuesto asfalto diez centímetros bajo el hielo.

No puedo dejar de sonreír con melancolía al colocar las prendas de lana, las pesadas botas, el cuchillo y el gorro lapones que me regaló Åse, en Bergen, tras su viaje por Tromsø.

El cielo despejado, el solitario sol, el olor de los matorrales. Todos parecen despedirse, alejarse un poco de mí cuando contemplo un equipaje casi polar en este aromático Mediterráneo.

Voy a volver, me restituyo, he de intentar unificar de nuevo la razón con los sentimientos. Cuando volví de las altas tierras del norte creí retornar entero a mis orígenes. Pensé que la pesadilla de Moskenes había cesado y que mi cinismo me haría estar a salvo del cansancio de la vida cotidiana. Al llegar, al andar en la noche por las estrechas calles repletas de vida conocida, me dí cuenta de que algo se quedó entre los berridos de los alces y el suave abrazo de los abedules y abetos al viento del Norte. El grito incesante de los cuervos, el aleteo del

svartbak dibujándose en el horizonte de Hamnøy y la luz.

He de volver. Allí me espera la inútil sensación de quien se siente irremisiblemente dividido. Ya nada volvió a ser reconocible desde el encuentro con el profesor Utmo, la lectura de aquel extraño manuscrito y el viaje a Lofoten, a su isla Moskenes, a Hamnøy en el fiordo de Reine.

Sé que mi retorno puede significar el abandono, la instantánea sensación de haber doblado la esquina, de haber entrado en tierra de nadie, de enloquecer en un segundo. Sé que la visión del Nido del Svartbak desde la casa de Jon y Gunhild puede nublar la razón, romper el frágil equilibrio de una vida casi hecha y en declive. Pero también reconozco que ya no soy capaz de seguir viviendo sin volver a una tierra a la que pertenezco, de alguna manera, porque en ella nací por segunda vez.

Mi primer contacto con el profesor Lars Utmo se debió a la lectura de un ensayo histórico. El trabajo me interesaba ya que trataba del conflicto suscitado en el año 1164 cuando los obispos de la "Dieta de Bergen" reivindicaron el derecho a participar en la elección del monarca. Mi investigación acerca del surgimiento de la autonomía del sujeto en la Edad Media, utilizando las obras literarias de la época, me había acercado —aunque superficialmente—, dada la distancia histórica— al tiempo heredero del *Beowulf* sajón o del *Magibonion* celta. Ahora bien, siempre me encontraba ante la disyuntiva de no saber cómo vincular ese mundo de la representación estética con el de la propia vida del ser social que la fomentó.

Utmo fue quien me dió, anulando toda posibilidad, la pauta.

Aquel día, en la Sentral Universitetsbiblioteket, por casualidad conocí al profesor creándose en mí una imagen indeleble de quien, después de conocerle personalmente, sería la llave de tantos acontecimientos. Utmo había escrito un ensayo histórico en el que en primera persona se relatava una anécdota cotidiana donde se vislumbraba, tras el tamiz de la mirada medieval, la

vida de un protagonista tangencial a los episodios de Bergen.

El conflicto iniciado en Bergen dividirá al país en dos bandos, los "Birkebeiner o Piernas de abedul" acaudillados por Sverre que defendían los criterios electivos germánicos y los "Bagler o Sostenedores del báculo" afines a las pretensiones de Roma. Ni que decir tiene que a pesar de la inicial derrota de los partidarios del obispado con la posterior coronación de Sverre, la victoria fue de la Iglesia al instaurarse una monarquía hereditaria contraria a los principios electivos escandinavos.

Hasta aquí la realidad, el pasado tal y como se nos presenta en nuestros días. Pero. ¿Cómo estar seguros de tales "verdades" históricas? ¿Qué tiene de distinto el pasado cuando por lejano que éste sea pervive en nuestra cultura y recorre nuestras venas? Al estudiar el período comprendido entre los siglos XII y XIII uno comienza a dudar de todo. Los textos a analizar suelen ser viejas recopilaciones o sagas de hechos acaecidos en siglos anteriores remoldeados al gusto de su época. Snorri Sturlusson, Geoffrey de Monmouth y otros autores, anónimos o no, "miraron" hacia el pasado oral y recompusieron la historia. ¿Hasta qué punto no hacemos nosotros lo mismo? Da la impresión que el pasado vive como una entidad asfixiantemente metafísica, como oscuridad pobladora de nuestra mente, impermeable a todo saber o investigación.

Utmo defendía que el tiempo histórico tiene su propio ritmo y sus propias leyes. Para él era necesario "conocer" la "mirada" de un hombre del medievo. Dirá, *"es necesario que seamos conscientes de que nuestro conocimiento del pensamiento medieval debe estar fundado no sólo en los restos literarios o arquitectónicos del período sino también en la realidad micro-cósmica del hombre que vivió, sufrió, trabajó, gozó, amó, enfermó y murió durante el tiempo estudiado. Hemos de intentar ver por sus ojos (unos ojos, lamentablemente, ya cerrados). Debemos explorar el pasado con la antropología y la etnografía*

como ciencias auxiliares."

La primera sorpresa al leer *"Birkebeiner, y la noción de olvido en la Edad Media"* fue descubrir que el autor, por un exceso de celo, no asumía el papel de la historia como seudociencia y empleaba un lenguaje literario. No es que el texto careciera de intencionalidad metodológica, tablilla de anotaciones, bibliografía general y especializada o fundamentación teórica. No eran esas carencias las que me sorprendieron sino el hecho de que el libro fuera una verdadera novela.

Utmo venía a decir que siendo, para él, imposible "mirar" por aquellos ojos convertidos ya en polvo, el pasado devenía en mera probabilidad al desconocerse la lógica interna que lo constituía. Para él, la historia sólo cabía en el estatus de obra imaginaria, de recreación fantástica en la que no incluía ni la mera posibilidad de considerarla en metaliteratura del pasado. El viejo profesor defendía que el "ayer" no era más que un recuerdo, un fantasma reconstruido a conveniencia dada su imposible verificación al perderse su antiguo criterio de verdad. La teorización de su ensayo era la propia negación de éste en forma de creación narrada.

Indudablemente aquello me trastornó, dados mis recelos sobre el método histórico, pero la lectura del relato superó con creces la belleza de aquella terriblemente fría descripción de la incapacidad del hombre para distanciarse de sí mismo.

Quizá, aquella mañana no debí rebuscar en los anaqueles de la biblioteca. Esa lectura y mis posteriores visitas a la isla de las flores, Hovedøya, y sus ruinas monacales fueron prefigurando los acontecimientos que me llevaron a viajar a la cabaña de Joh y Gunhild en el fiordo de Reine. Acudiendo así a ese amenazante paraíso donde sólo cabe la respuesta del silencio escuchando el graznido de las gaviotas.

Allí llegó la cita con Thule y su manuscrito, y el descenso a su alegórica universalidad. La experiencia de su lectura en la

cabaña del acantilado hirió mi alma hasta hacerme imposible todo resquicio de vida. Utmo lo sabía y aún así dejó sus hojas amarillas en el escritorio de mi habitación.

Ya nada importa, me resulta imposible seguir aquí, reviviendo el lento aleteo de un negro pájaro y la oscuridad de su incierto grito. Como en un relámpago, recuerdo de la sensación de vacío al traspasar la ventana sobre el acantilado y la presencia de ultratumba de un svartbak gigantesco.

(*) Tipo de cabaña de los fiskeværerne o pesquerías de las islas Lofoten.



III

"Entonces, dime. ¿Quién ordena el vuelo del Svartbak?"

Hoy, una semana después de mi retorno a Reine, tras diez años viviendo en mi país natal, me dispongo a redactar estas líneas no sin sentir el estremecimiento de una presencia activa más allá de lo puramente físico.

Ahora, cuando escribo estas frases con mi estilográfica deslizándose sobre este papel de textura antigua no puedo olvidar la vieja cita del abate, "el silencio eterno de esos espacios infinitos me espanta". Y al hacerlo compruebo que su recuerdo constante ha sido como un pájaro de mal agüero, ajeno a la realidad y próximo a mi estupor actual.

Hoy, tal vez repitiendo un viejo rito ya aprendido, me preparo para asistir de nuevo a la cita con mi destino mientras las gaviotas pescan imperturbables en este frío y transparente mar de acero.

Desde mi llegada he sentido el cercano desenlace. Hace un par de días oí otra vez su graznido característico y el sonido de su batir de alas. Así pude rememorar la extraña manifestación en mi caída de su imagen oscura. Y aquel grito incesante.

La belleza siempre terrible de estas islas acompañan mis desasosegados sentimientos.

Por mis actividades, los pescadores piensan que soy un ornitólogo. Mis preguntas acerca de las gaviotas y de entre ellas las de negras alas y mis constantes viajes en barca hacia el acantilado "del nido" les hace suponer tan alegórico interés. Quizá todo se resuma en eso. Pronto obtendré la respuesta.

Mañana partiré por última vez hacia el fondo del fiordo. Creo poder afirmar que tras ese paseo en el bote podré retornar, recobrando la paz, a mis tierras del sur. Mañana averiguaré la verdad que encerraba el manuscrito del Thule, y la pertinaz silueta en mi horizonte del vuelo del svartbak.



IV
Svartbak

"El silencio eterno de esos espacios infinitos me espanta"

PASCAL, Pensées

*"Flor oscura, nocturno laberinto, maldito vuelo del aire.
Svartbak"*

Dicen algunos, recuerdan otros, que antaño visitó los acantilados del fiordo de Reine, en las inmediaciones de Hamnøy, un extranjero. Aquel hombre solitario se hospedaba en una pequeña casa de madera del fiskevær de Hamnøy, en la isla Moskenes, del archipiélago de las Lofoten.

El visitante no contrajo más obligación que la de su propia mudanza a tan lejanas latitudes, viviendo en la más absoluta de las soledades. Cuentan que, cuando el tiempo se lo permitía y tras las escarpadas montañas de la isla no se ocultaba ninguna borrasca, salía a navegar en una pequeña barca de remos de las que alquilaban junto con la cabaña, poniendo rumbo, siempre, hacia el fondo del fiordo. Allí donde se encuentra, en uno de sus brazos, el acantilado denominado del "Nido del Svartbak".

Aquella sombra arribó a las Lofoten en verano, cuando el clima propicia el descanso y se halla aún lejana la temporada de pesca del bacalao. Algunos creían que era un ingeniero en busca de yacimientos de wolframio. Otros pensaron que trabajaba como inspector de la compañía eléctrica revisando el nuevo emplazamiento de la pequeña central de Reine. Los más sagaces, o quizás imaginativos, pensaron que se trataba de un

ornitólogo en busca de sus especímenes o bien de algún floricultor o herbolario dedicado a su afán alquímico de explorador del saber natural. A nadie extrañó su soledad y a pesar de su perfecto dominio del noruego y del dialecto del norte se veía, claramente, su origen forastero.

Su presencia en nada perturbó la monótona vida del estío de Hamnøy y de Reine, y sólo algún comentario inquisitivo de su trabajo se formuló en la taberna del puerto.

Nadie sabía nada de él.

Un buen día, inhabitualmente luminoso, el extranjero embarcó dirigiéndose, como tantas otras veces, hacia el acantilado del Nido del Svartbak. Finn, Gunnar y Thor, pescadores de la zona, le vieron adentrarse por el canal donde se encuentra dicho lugar; ahora maldito.

Aquella mañana la tranquilidad era absoluta, el mar parecía una enorme balsa de aceite, el viento permanecía en reposo y se veía —nítidamente— la abrupta costa del archipiélago. Tan excepcional pareció luego el día que detalles nunca comentados, de tan habituales, quedaron prendidos en la memoria de aquellos pacíficos lugareños. Algunos aún recuerdan que no se veía ningún ave en el cielo aquel día en que la extremada bonanza hacía bien visibles los fondos marinos y los bancos de pesca. Otros apuntan que sólo vieron una gaviota de alas negras que tras planear sobre el poblado se dirigió hacia el interior del fiordo. Todos los que la vieron afirman que era un svartbak de gran tamaño que graznaba, acompañadamente, con un grito prolongado, casi humano, y sin interrupción. El svartbak dibujó un círculo en el cielo y lanzando su estridente graznido voló hacia aquel punto del fiordo.

Serían las tres y media cuando se levantó una fuerte galerna. El mar pareció en un instante un gigantesco malstrøm y el cielo se cubrió de espesas nubes de una negrura imponente. Tras media hora de terrible tormenta volvió la calma, quedando atrás

por doquier los restos y señales del temporal.

Los pescadores de aquella parte de la isla amarraron sus barcos y cerraron las puertas y ventanas de sus casas con los postigos y cerrojos bien echados. Ninguno durmió la noche en la que se dibujó ese triste presagio de muerte.

Nadie recordó al forastero hasta que a la mañana siguiente el vigilante de las cabañas echó en falta su barca. Buscó al armador del fiskevær y fueron juntos a ver si había vuelto a casa por la senda que bordea el fiordo, abandonando el bote a la deriva. Llamaron a su puerta y al no obtener respuesta, la abrieron. La cabaña se encontraba en un pulcro orden. En una mesa, apilados, había unas dos docenas de libros, unas hojas en blanco y una estilográfica. Sobre la cama, sin deshacer, vieron una resma cortada en folios, del magnífico papel de Alvøen, en cuya primera hoja y escrita con tinta negra se leía la frase: "El silencio eterno de esos espacios infinitos me espanta".

Estas palabras no dijeron nada a aquellas buenas gentes, pero la aparente calma de la habitación, el extremado orden y el terrible silencio que reinaba en la pequeña alcoba les sumieron en los más oscuros pensamientos.

Salieron veloces sin decirse ni una sola palabra y tocaron llamada con la campana de la factoría. Pronto se hicieron a la mar dos pequeños barcos de pesca poniendo rumbo hacia el acantilado del Nido del Svartbak.

Y allí lo hallaron. Estrellado entre los arrecifes. Aquellos rudos marinos no pudieron por menos que sentir un helado escalofrío al ver los restos del bote amarrado a una roca y sobre el más elevado de los escollos, el cuerpo, doblado sobre la espalda, de aquel que visitó Lofoten.

Visto desde el mar el espectáculo era angustioso. Mas una vez arriba, sobre las rocas, el miedo hizo acto de presencia anulando cualquier otra sensación. Ante los atónitos ojos de los pescadores se mostraban señales de la oscuridad más profunda. El

cuerpo, partido el espinazo, se doblaba, abriéndose —en un abrazo infinito— hacia el cielo. Las piernas estiradas cubrían una de las cortantes paredes de la roca. El rostro no mostraba dolor ni miedo sino una gran tranquilidad, una paz interior nunca vista por los habitantes de las islas. Sus ojos estaban cerrados y en sus labios parecía dibujarse una sonrisa.

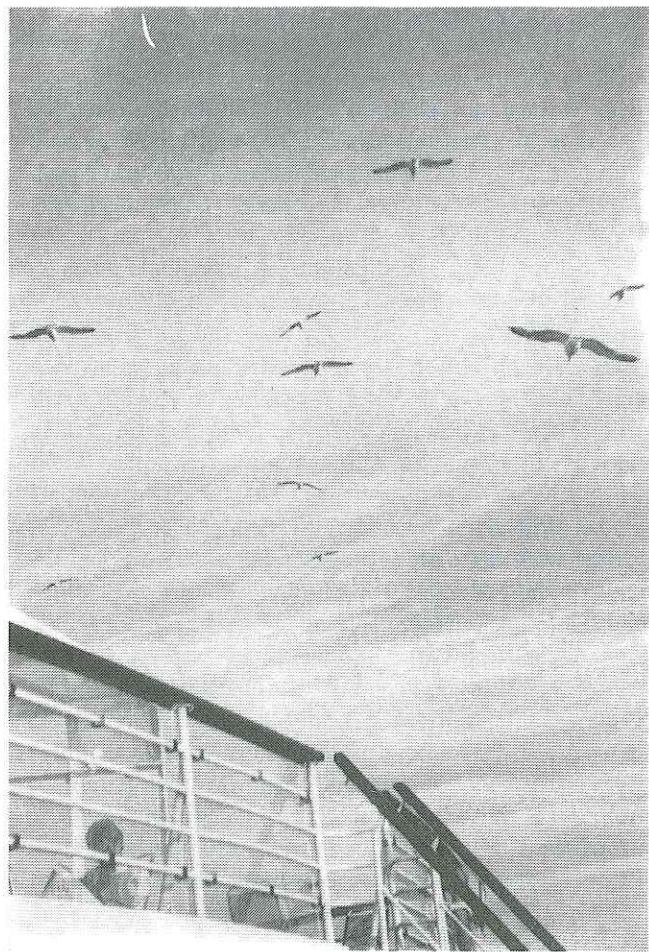
Aquella visión ajena al mundo de lo real dejó mudos a los pescadores que se preguntaban con furtivas miradas el porqué de la paz en el rostro del desdichado.

No, aquella ropa intacta, aquel gesto apacible no parecían los de un cadáver golpeado en el abismo por un terrible malstrøm.

Mientras intentaban levantar al fallecido, silenciosos ante lo inexplicable, vino a sumarse el terror de ver prendido en la mano derecha de aquel definitivamente solitario y desconocido hombre, el cuerpo del enorme svartbak que algunos vieran sobrevolando Reine.

Una vez depositado el cadáver del desdichado en la cubierta del *Norrøn*, buque del armador, vieron que sobresalía de su ventisquero rojo el borde de una pequeña libreta negra. La abrieron con la esperanza de encontrar algún dato de tan misterioso personaje. Mas lo único que leyeron aquellos hombres curtidos por el mar y el hielo fueron unos versos inacabados que encabezaban, una a una, algunas de la hojas del cuaderno. “Alcé la mirada al escuchar el vuelo del svartbak...”, “En el horizonte se mece la negra silueta del svartbak...”

Hoy, aquel intruso, yace junto a su destino blanquinegro en una tumba solitaria sobre el acantilado. En la piedra que la encabeza, alguien labró uno de aquellos versos: “Entonces, dime. ¿Quién ordena el vuelo del svartbak?”



V
El manuscrito de Thule

Navegante

Ayer maté a "Navegante". Fue el perro guía de mi trineo durante las largas travesías en Oppland, mi fiel amigo, mi hermano, mi salvador en tantas y tantas misiones en estas regiones polares.

Hace dos meses que abandonó la costa el último ballenero. Me desembarcaron con el guía lapón, dos guerreros typis y tres trineos con grasa de foca, carne seca de ballena y demás aparejos.

Nunca creí que la muerte planeara en forma de gaviota en la Bahía del Este. Nos estaban esperando tras el desfiladero de Finn. Fue horrible. Primero cayó Åge, el fiel lapón, posteriormente los guerreros "typis" desertaron creyendo así salvarse. ¡¡¡Pobres infelices!!! Estuve dos días y dos noches escuchando sus lamentos, los gritos de la tortura.

Han transcurrido ya dos años desde que se iniciara el combate por el último valle. Dos largos años luchando contra estos guerreros infernales que ahora creemos derrotar. Dos largos años escribiendo mi epitafio y el de mis compañeros de Finlandia. Y cuando, por fin, creo llegada la hora del abandono, tras derrotar a la oscuridad en su último baluarte, me encuentro sumido en los negros pensamientos del que sufre la emboscada.

El frío, el hambre y la soledad me expulsaron de la vieja cabaña de Mumbrio, el cazador de osos kielense, hacia la ruta montañesa del Troll. El camino del Troll, el sendero del gigante que rodea la sierra eludiendo el ya siempre macabro desfiladero de Finn. Era la única oportunidad de escapar de las alimañas humanas que atacaron durante dos semanas a mi breve tropa. Pero todo ha sido en vano, están por todas partes y al horror del último combate se une la rabia y la tristeza del engaño. De la engañosa trampa en que caímos al creer que el fin estaba próximo y que la victoria nos sonreía. No, ya no podré avisar a los hombres de hielo y con ellos caerán las tierras de Noruega, Islandia y los vastos territorios de Grønland. Ya no volveré a ver a mi amada Skjær y mi hermosa Thule será devastada por el fuego del sentir plebeyo.

No comprendo cómo pudieron hacerlo. No se aún cuál fue el mensaje que impusieron los embajadores en Thule, pero consiguieron su propósito. Los habíamos derrotado, o quizá fuera mejor decir que creíamos haberlos derrotado, pero sólo fue una ilusión. Transformaron la vieja y fiera imagen de su espíritu inquisidor de antiguos inmorales. Nos mostraron la bondad de la alianza, nos prometieron retirarse a sus antiguos castillos de la noche, nos facilitaron caminos y tierras donde gozar de una paz duradera. Pero mientras, maquinaron el fin de nuestra civilización. Esa fue la razón de mi venida al Límite, la sospecha. Y descubierta la verdad de sus secretas intenciones sólo me resta la muerte. Soy un guerrero pensante, el último, me enseñaron a morir y sabré hacerlo en su momento, pero la terrible escena del fin de nuestra aurora es algo excesivamente angustioso como para no retornar tras el último sacrificio. La batalla está perdida por el fraude y la mentira de la embajada. Sólo queda la dignidad de la resistencia.

Una corta mirada hacia nuestra Antigua Edad y un largo existir en los tiempos de la Gran Tristeza.

Hace una semana que abandoné la cabaña de Mumbrio dirigiéndome hacia el sendero del Troll. Una semana desde que negros pensamientos me hicieran ver con lucidez cuál era la situación. La indefensión y el autoengaño de Thule y sus aliados ante las ofensas de los embajadores, junto a mi descubrimiento de la verdadera esencia del comportamiento del enemigo aquí en el Alta Moradat, la tierra de los castillos brumosos, me mostraron —no sin horror— el principio del fin de la época de los grandes códices.

Resisto desde ayer en una pequeña ermita de madera, antaño célebre por ser la morada de Gwenthwyfar. “Así la han llamado y llamarán por siempre jamás”. Gwenthwyfar, “el fantasma blanco”, en la vieja lengua gaélica. Es todo un símbolo refugiarse en el antiguo hogar de una existencia que marcó el inicio de nuestra vida. Ginebra, la leyenda de la Dama del Lago y su mandato.

Viajo de prisa pero no sé adónde. El espacio que recorro no supone ya ningún avance. Ellos lo saben todo y están por todas partes. Ya no cabe el combate, sólo la digna resistencia. Pero... ¿Dónde? O lo que es peor por ser, quizá, más real, ¿Por qué?

Cuando las armas de la muerte no nos permiten una victoria cierta. Cuando no nos reconocemos en las tierras que fueron nuestros paisajes. Cuando el tiempo se detiene, extraviado en el camino, y no se torna al viejo rastro de la ley antigua del respeto humano y la sabiduría, sólo queda iniciar, entonces, el rito transfigurador de la nueva vida.

El abandono de los viejos modos y de las antiguas estrategias combativas.

Acimo

Ayer tomé el pan ácimo. Supone este rito la transgresión de lo cotidiano y el inicio de una nueva vida.

Han pasado varios días desde el sacrificio de "Navegante" y dos menos desde que sobreviví a las heridas del combate contra las alimañas que, dispersadas en la batalla, acechan en las encrucijadas de los caminos. Hace frío y yo no lo siento, el hambre habita en mi cabaña pero hace días que un breve vaso de leche y algunos frutos del bosque alimentan la posibilidad de mis recuerdos.

Creí morir y juré, en la agonía, que si mi historia vencía a la muerte no volvería a ceñirme la espada de acero, segadora de vidas, sino el fino estilete del conocimiento y la ciencia. Creí necesario reencontrar la lealtad de "Navegante" y buscar en las penumbras pantanosas de Ginebiar a mi maestro "El Durmiente" —aquél que habita en el verbo, el adusto gozador de sí— pero el sólo recuerdo de la Antigua Edad me hizo soñador añorante de un orden que se derrumba.

Todos conocéis bien que ya han pasado los tiempos felices de la armonía, que no hay valles feéricos, ni senderos que recorran tranquilos los lindes del misterioso bosque. No habita en el planeta más que la oscuridad que ocasiona la victoria de la Gran Tristeza. Ya no se rigen nuestros destinos por las grandes palabras ni por la espiritualidad de la mirada franca. Las manos no se tienden, enfrentadas a una muerte cierta, en el combate leal, ni se estrechan en el abrazo fraterno de la alegre concordia, del apoyo y el grato placer de los amantes. La amistad reside, hastiada ante tanto oportunismo, en los anaqueles del museo-cementerio de las viejas horas y sólo el gesto alumbraba — oscureciendo— la vida de los miserables que se han enseñoreado de nuestro horizonte.

La mirada se ha extraviado en la banalidad del brillo solar y no centra su tiempo en el estudio de su razón de ser.

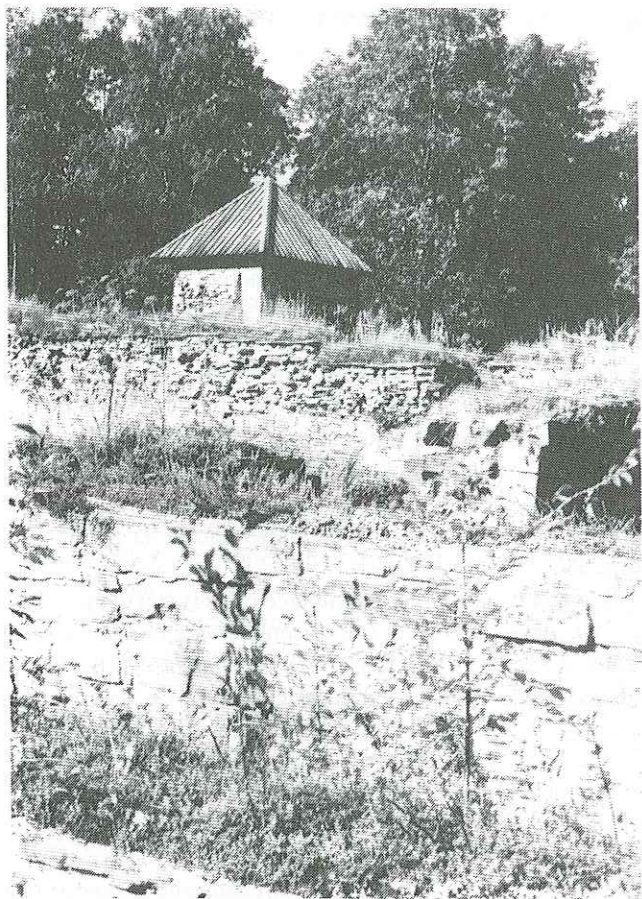
Aún recuerdo, mientras sano de mis heridas, aquellas alegres

jornadas en las que sentados en la mesa circular de Gurdo cantábamos las viejas canciones guerreras alentadas por el buen akevitt y el casi dulce bommerlunder. Los jóvenes gustábamos de escuchar las antiguas alegorías que regían nuestros destinos y que condensaban en sus cantos las viejas leyes de la Antigua Edad. Siempre rodeados por los altos castaños, abetos y abedules rompíamos a bailar danzas del sur que aprendimos en nuestros viajes por los países del aromático Mediterráneo y que enseñamos, no sin antes beber, a los herederos de la alborada.

Hoy parecen lejanos aquellos días y sólo han transcurrido tres meses desde que embarcamos hacia los fiordos del Norte para defender Lø. Sólo tres meses y creo haber envejecido varios lustros. Tras la caída de Lø vino la noche de lo oscuro para apoderarse de Fornebu, la antigua y rica Vålerenga, Flom y Son fueron sus siguientes víctimas. Por fin en el lindero que separa las regiones del elevado norte de los incipientes valles —en el cercano fiordo de Strøm— pudimos detener el poder de la barbarie.

Ahora sé bien, tras mi desembarco en la Bahía del Este hace hoy dos meses, que esta paz miserable está motivada por la casualidad, la mentira y el cansancio, y que pronto los fértiles valles del Este se verán emponzoñados por las huestes de la canalla. Por eso, cuando reconocemos que la victoria es imposible, cuando en el fondo de nuestros corazones sólo pervive la esperanza de una resistencia temporal, vemos más cierta la salvación en la muerte que llegará —sin duda— en el fragor de la batalla.

Es ahora, convencido de la derrota, cuando he decidido tomar como arma el recogimiento y el estudio. He tomado la decisión y el camino que me conduzca a la paz de alguna apartada cabaña, ermita o colegiata donde poder alumbrar una luz de saber junto al "Durmiente" y mantenerme —en la medida de lo posible— incólume ante tanta desgracia.



Hovedøya

Por el camino del miedo, tras los combates en la noche, logré acercarme a Son. El mar Báltico bañaba la costa, ahora tranquila, aunque aquí y allá se vislumbraban los restos de la muerte. Fuegos apagados apresuradamente, armas arrojadas en las lindes del bosque, y esa calma terrible que acompaña siempre al horror de un grito.

Hacía frío esa mañana y al silencio del camino de los bosques de Marka siguió el griterío de los måkene y svartbakene. Era como salir del silencio de la nieve entrando en el estruendo del clamor de algún Fuglefjell* de los Fiskeværene* del norte; de Lofoten, Troms, o Finmark. Sí, hacía frío en aquella mañana del final del verano. El otoño, incipiente aún, aparecía pintado de rojo y oro en las hojas de los abedules. Tras la tenue tibieza de un bosque incomprensiblemente vivo, la gélida tranquilidad del horizonte Báltico.

Me aproximé a la rompiente del mar, del mismo mar del que partí hace ya cinco meses, del mar que invade la Bahía de Este. El único mar con sus heterónimos Blanco, Barents, ... Un mar más cálido, en cambio, que el del lejano Norte. Aquellos acantilados ahora poblados de pájaros, aquellas playas de arena,

no se asemejaban a las nevadas costas de Røst, Grip o Tromsø. ¡Que lejano quedaba ya el cabo Norte o el último faro de Europa!

El Báltico no rompía en el hielo de la costa sino en una arena blanca y limpia de restos de algún, siempre frecuente, naufragio.

Pocas veces me he encontrado con la calma de aquel día de otoño. Quizá despuntaba ya la fatiga de anteriores sufrimientos, quizá la edad se afianzaba, desmoronando poco a poco mi cuerpo.

Son ya no era la blanca villa de mis recuerdos, cuando viajé con Skjær y Navegante recorriendo Oppland en noches casi boreales. Consignas pintadas por la mano del caos, destrucción allí donde la vida se dejaba acunar entre suspiros de temor y pena. Las casas —antaño llenas de flores— se encontraban esparcidas como escombros por los suelos y en todas las paredes que resistieron la caída se vislumbraba la oscura sombra del fuego.

Son, en la hermosa embocadura del fiordo de Oslo. El camino hacia Hovedøya. La isla principal.

Habían transcurrido algunas semanas desde que tomé la decisión aceptando el rito del pan ácimo, de renunciar a las armas físicas para adentrarme en el específico mundo del puro pensamiento. Escasos días desde mi última decisión inauguradora de una, para mí, larga función monacal en lo que ya se avecinaba como nueva Edad Media. Solitarias investigaciones de lo esencial de la cosas, de la naturaleza; esa sería mi única dedicación. Ya me encontraba de camino hacia las ruinas del antiguo monasterio cisterciense que se halla en la isla de Hovedøya. Sabía que no encontraría documentos valiosos en la isla ya que el Cenobium de Santa María en Hofudoy dependía del convento de Kirkstead (algunos autores lo denominan de Kirkstall) en Linconshire, Inglaterra, también en ruinas. Pero no era mi intención el estudio de los viejos textos fundacionales, ni

tan siquiera la observancia de ninguna regla monástica o ascética. Deseaba encontrarme en la tierra donde se cimentó un monasterio de la Orden del Cister. Un monasterio activo en el siglo XII donde estudiar, de y en sus vestigios, el afán de saber de aquellos monjes de la caballería. Ansiaba conocer las mutaciones de las plantas que ellos sembraron, poblando de vida extranjera la suave arboleda de la isla. Quería aislarme en aquellas ruinas conociendo así la enigmática estructura de la luz de Santa María de Hofedoy, en el centro de la pléyade insular de ese laberinto simbólico que forma el espacio único de Oslo.

Son se encuentra muy cerca de mi isla. Mi isla... Pero sí, mía, porque... ¿Quién en la barbarie de la muerte me la va a disputar? Hovedøya, la isla de la flores, está situada frente a la antigua Oslo, cerca de su castillo. La tortuosa costa se recorre con la vista atenta en los escollos del serpenteante, aunque abierto y ancho, fiordo. En invierno los canales se congelan y pueden ser recorridos con esquíes o en trineo: como antaño lo hiciera con Skjær y Navegante.

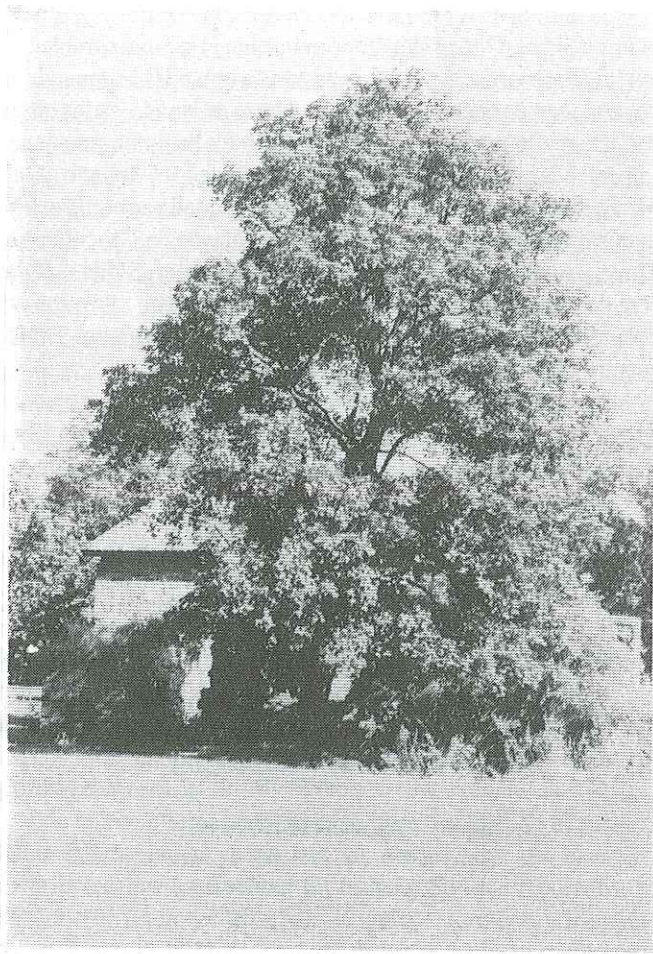
La nieve no había silenciado el paisaje y no era aún el tiempo en que los pescadores deben adentrarse fuera de la costa caminando sobre un mar congelado para perforarlo y pescar desde el borde del agujero. Pero pescadores no encontré y sus barcas estaban quemadas o hundidas con anchas vías de agua en sus cascos. Sólo cabía recorrer el camino de Oslo vigilante ante la posible emboscada.

Con ánimo cierto, pero sin esperanza, he tomado el camino hacia mi destino y ya no son las emboscadas del enemigo exterior las que atormentan mi mirada. Son los recuerdos, el saberme sin futuro y con un pasado que me atormenta por encontrarse lejos de toda proximidad espiritual. Y se vislumbra, agonizante, el dolor por la ya irremisiblemente lejana Thule. Thule, la del horizonte infinito, la de la luz tenue, Thule, la Alborada.

Qué hermosos fueron los días en que Navegante y yo conocimos a Skjær. Qué pasión interior nos hacía ser inseparables en los largos recorridos por la costas de Grønland. Cuánta avidez por conocer los hechos escritos en el libro de la vida, en las obras del saber y la poesía, en la simple mirada hacia un amanecer imperecedero. Cómo fue posible, entonces, el engaño. Qué fuerza maldita pudo quebrar aquella paz, aquella armonía celeste que supimos darnos en las desiertas playas de Groenlandia. Thule y mi amor perdido en estos años de dolor, Skjær... ¡Qué será de tí dulce amante! Sí, Thule y esta herida que llevo en mi corazón tras haber atravesado el de mi fiel Navegante. Thule, suspiro de mi olvido. Mi último recuerdo.

* Fuglefjell. En noruego montaña de pájaros. Son grandes concentraciones de aves de distintos tipos, Måke, Svartbak, Lunde, etc. en ciertos lugares de los acantilados de las islas del norte.

* Fiskeværre. En noruego, factoría de pesca. Se encuentran sobre todo en el norte, Finmark, Trøms y Lofoten.



Lunde*

* Pájaro que anida en las islas Faeroe, Shetland, Vaerøy y en concreto en el hermoso islote de Røst. *Fratercula ártica*.

Llevo ya un mes habitando esta pequeña cabaña que encontré, intacta, cerca del embarcadero del sudoeste de Hovedøya. Su enclave no puede ser mejor. Me hallo en la isla pero a cierta distancia de su centro. De tal forma que puedo observar el monasterio sin confundirme con él. Estoy en su penúltimo círculo, tras superar el global espacio simbólico formado por el fiordo y sus islas. Me encuentro próximo a él pero separado por la metafísica de una distancia insalvable para el cuerpo. Una distancia sólo desmenuzada desde la soledad del pensamiento. Sí, observo el monasterio, veo sus muros derrumbados, sus ruinas y la explosión de vida de unas flores que nacieron extramuros. Las plantas traídas de lejanos países, la manifestación del sabio conocimiento monacal, la vida a través del artificio del pensar de unos hombres aislados del mundo.

Una vez instalado en la cabaña y explorada la costa de la isla, decidí descansar. Pasé aquellos días dormitando en la pequeña arboleda del ribazo donde serpentea el camino hacia Santa María. El cansancio había hecho mella en mí y un ligero estremecimiento recorría, con constancia dolorosa, mis entumecidos músculos.

Mi mirada se perdía en un desenfoque interior.

Qué gran diferencia existía entre este horizonte cerrado por la costa de Oslo y aquel de Thule abierto—en su bahía de Baffin—al infinito inalcanzable de las lejanas playas y acantilados del Canadá. Pero mayor aún era la distancia que separaba a Skjær y Thule de mí. Todas las mañanas, cuando salía de mi cabaña y paseaba hacia la pequeña cuesta donde dormitaba durante todo el día, esperaba, como en sueños, la llegada de alguna señal del destino. Muchas veces en aquel mes, y antes que el frío me arrojara al interior de mi pequeña casa, creí ver algún cambio, imperceptible para los sentidos, en la naturaleza. Un súbito reverdecer—al final del otoño—de las hojas de los abedules, un repentino retornar de los ánades y los ánsares de las cálidas tierras del sur o el rebrotar de algunas flores ya varias semanas marchitas. Pero no, no hubo cambios en Hovedøya y mi único placer era comprobar, al otear desde lo alto de la colina, la inexistencia de algún flamear de velas o del ascenso de columnas de humo que registraran la proximidad del hombre.

Retorné a una vida entre cuatro paredes. Volví al calor de la lumbre y a la lectura del diario del anterior ermitaño de la isla. El campo iba poco a poco silenciándose. Al reciente abandono de los pájaros siguió la caída fantasmal de la nieve y ya sólo era roto el silencio por el roce del viento entre las ramas desnudas de los árboles, el crepitar del fuego y mi lenta y acompasada respiración.

Pronto llegará ya el invierno y con el frío, el hielo en el fiordo. De nada me servirá la balsa que construí en Oslo para alcanzar Hovedøya. Tendré que fabricarme unos esquies y con ellos tentaré a mi suerte. Podré—entonces—recorrer el mar, sus olas congeladas y acudir a la cita del misterio en las otras islas del fiordo. Pero no, nunca ha sido beneficioso el recorrer—salvo con el pensamiento—los símbolos construidos por el vuelo de la mente.

Hoy recuerdo que aquel día padecí los temblores de la fiebre. El frío en los huesos y el fuego en la cabeza me hacían sentir ajeno a la realidad. Creí escuchar el torpe aleteo de un pájaro herido, oí el intenso canto de un ave perdida, pensé haber sentido el ruido sordo del desplome de un pequeño cuerpo en el tejado del zaguán de la cabaña y tras aquel golpe casi figurado un ligero resbalar, un roce, un buscar asiento, un aferrarse a los salientes, un asentarse —por fin— en la nieve que cubría la techumbre. Mi cuerpo, entumecido por la fiebre, se movía con dificultad en la cargada atmósfera de la casa. Poco a poco me desplazé hacia la puerta. El silencio era total, la choza enmudeció ante la terrible soledad del campo nevado. El intenso frío me hizo bien. Cogí la escalera de mano que se hallaba recostada en el suelo, la alcé apoyándola en una de las paredes de mi isba y asomé la cabeza por encima del tejadillo.

Encontrar un pequeño Lunde* en mi casa era algo que a todas luces, aún hoy, me parece imposible. Las “fraterculas árticas” no vuelan nunca tan al sur, limitando su espacio en el norte de Europa a los archipiélagos y tierras de Vaerøy, Shetland, Faeroe, Islandia y Groenlandia. Los lunde, pájaros que algunos denominan “del islote de Røst”, eran el emblema del fin de una época. Una maldita enfermedad del progreso había hecho presa en ellos haciendo peligrar la propia existencia de tan preciosa comunidad.

El frailecillo me observó con la delicada elegancia que sólo las aves heridas saben adoptar. La cabeza alzada, el cuerpo tembloroso y su entera fragilidad se me entregaron sin agitaciones imprevistas. Durante las siguientes dos semanas cuidé de mi noruego visitante. Un mes después de nuestro encuentro el pequeño fraile de Røst comía ya sin mi ayuda y realizaba algunos cortos vuelos que terminaban siempre en la baranda del minúsculo porche de mi casa. Mientras se encontró enfermo, agotado por el viaje y el daño de sus heridas, le construí un nido

imitando aquel tan peculiar que viera en los Fuglefjell del norte ártico. Ya parecía repuesto y se mostraba, o al menos a mí me lo parecía, dispuesto para emprender la búsqueda de la ruta justa. Sé que no puede ser, que en la vida nada tiene sentido o por lo menos que el hombre es incapaz de vislumbrar designios lógicos o destinos ajenos a las capacidades del poder o de la historia. Sé que vivimos las reglas del azar. Sé también —en cambio— que hay un mundo paralelo al real de los sentidos. Un mundo que se desliza —aparentemente sin contacto alguno— sobre aquél, creando un vacío cargado de negación y crítica. Conozco —o así lo creo— el mundo físico y respondo por mi personal universo de creencias. Pero el espacio interpuesto entre ambos se me asemeja a un total vacío abismal cuya fascinación es la del vértigo. Pues bien, desde la creencia de un cosmos creado por el delirio de la inteligencia creí ver en lo que sucedió el día de la partida del lunde el designio final de mi tiempo y la última pauta de mi fracasado proyecto.

Tras una noche de tormenta y un alba rojizo, despuntó aquel día de invierno con el aire limpio y el cielo despejado. Al estampido de la borrasca siguió la paz del rumor de la brisa. Nada hacía pensar que aquel día se prefijaría el fin. El pequeño pájaro de Røst no quiso comer el pescado que deposité —como todos los días— en su plato. Lanzó un pequeño arrullo, limpió una a una sus repuestas plumas, esponjó su pecho y lanzándome una fugaz mirada inició, súbitamente, el vuelo. Ascendió y se remontó hasta más allá de los últimos castaños que bordean las ruinas del monasterio. En ese momento mi alegría no tenía límites, despreocupándome por completo del retorno a la soledad de mis días. Y cuando ya comenzaba a volver hacia la cabaña; cuando una sonrisa se esbozaba por primera vez en mi rostro tras el sufrimiento de aquellos últimos años; cuando empezaba a ver, en el remoto volar del fraile herido hacia lo que fuera el monasterio cisterciense de Santa María de Hofudoy, un

signo aleccionador de la esperanza y un fino alarde del mundo de los símbolos, aceptando mi propuesta medieval de crear islas del conocer en nuestro mundo de caos. Cuando, digo, volvía a estar esperanzado, escuché en dirección a Santa María el hermosamente malévolamente graznido de un halcón peregrino. El vuelo directo y veloz. La certera puntería de la rapaz y la indefensión de mi lunde solitario hicieron que el desenlace fuera casi instantáneo. Moría con aquel golpe cetrero el éxito de mis cuidados, uno de los últimos frailecillos árticos y quizá el esperanzado sueño de una Nueva Edad Media salvadora de las esencias del saber humano.

Abatido, desconsolado y enfermo me retiré, tras meditar un segundo en el signo de aquel día, al refugio de mis últimas jornadas. Todo negaba el futuro. Nada acertaba a ser como yo había imaginado. El proyecto de un nuevo edificar monasterios se desplomaba como mi lunde, abatido por un mito medieval que partía desde las crestas ruinosas de los restos de su cultura: Santa María de Hofudoy, la tumba solitaria.



Svartbak*

* Variedad de gaviota de alas negras y envergadura muy superior a la de sus compañeras de especie. Su habitat es muy amplio abarcando desde el ártico hasta las costas del Mediterráneo. Larus Marinus.

Han pasado muchos meses desde aquel día en que falleció el frailecillo de Røst. Han transcurrido estos días en el total silencio de mi pensamiento. Poblada mi mente de voces que argumentan sobre el sordo roce de la caída de la nieve. Al invierno siguió la primavera y con ella finalizó el silencio. Volvieron los ánades y ánsares. Rebrotaron los Abedules, Arces y Olmos. Renacieron las flores de Santa María y las que poblaron antaño las colinas de Hovedøya. Los pájaros ejecutaron sus cantos y bailes nupciales y el día se alargó un poco a cada instante. Han retornado los olores de la vida tras la dulce fragancia de la podredumbre de las hojas y el silencio olfativo del invierno de hielo. Las ardillas pueblan las arboledas, y los ratones y topos horadan la blanda tierra. La hierba reverdece y aquellas manchas blanquecinas de nieve oscurecida y pútrida por un creciente calor se han transformado en verdes praderías. Aquí y allá se escucha el rumor del agua y el constante gotear del deshielo. Sí, la primavera ha llegado y, pronto ya, se iniciará el solsticio de un verano que yo no veré. Como tampoco podré disfrutar de la fiestas del fuego en Thule, ni del recuerdo de las danzas alrededor de las fogatas, con Skjær a mi lado cimbreado su cuerpo al compás de la música del norte.

No, ya no puedo, en este mi último día completo, sino olvidar la viejas sensaciones de cuando, aún vivo, tenía esperanza porque habitaba en el mundo del instante, arropado por un pasado inexistente dada su total armonía.

Tarde comprendí que aquello era el espejismo previo al último estertor de mi tiempo.

Y ahora, de nuevo, como en el pasado, alzo la mirada temiendo su presencia.

Recuerdo, con total claridad, cuando —siendo yo un adolescente— visité junto a otros compañeros el archipiélago de las Spitzberg.

Las tierras de Svalbard forman parte de un mundo entonces, y aún ahora, inexplorado. La necesidad de portar armas contra los zorros árticos y los osos polares. El frío glacial y la casi inexistencia de poblados hacen de estas islas el lugar imprescindible para el solitario, por su casi total despoblamiento, o para quien, por su extremada juventud precisa del rito iniciático del riesgo.

Habitábamos una pequeña cabaña en Isfjorden, cerca del poblado de Pyramiden. De allí partíamos cada dos días, en nuestros trineos tirados por perros, hacia la embocadura del fiordo, en busca de pescado y con la esperanza de algún encuentro fortuito, aunque no por ello menos deseado, con la blancura del oso polar. Aquellas playas y acantilados rebosaban vida marina. Focas, frailecillos, gaviotas... habitaban en sus costas.

Aquel fue un día normal de exploración, caza y pesca. Era verano, pero aún cubría el mar una espesa capa de hielo. Tras adentrarnos unos centenares de metros en el mar congelado, decidimos el lugar que creímos más apropiado para la pesca. Con una punta de acero perforamos el suelo gélido hasta encontrar el agua color esmeralda del gran norte europeo. Después de perforar y extraer una redonda capa de hielo, como si fuera el tapón de corcho de una botella, montamos la cañas y

clavamos el cebo en los anzuelos. La pesca no se hizo esperar. Cargados con nuestra comida, alegres por nuestra juventud y abrigados por los repetidos y cortos tragos del excelente Akevitt de Norue, llegamos a un precioso paraje denominado "la barrera del amanecer". Descansamos mientras Jon —el guía— se aplicaba en un diestro deshacer la desigualdad en las filas de los perros. Montamos unos pequeños vivaques y encendimos fuegos para calentar un poco de café y las galletas secas que trajimos de Thule. Comíamos y bebíamos ya cuando escuché un profundo graznido que pobló de oscuridad el horizonte ártico. Alcé la mirada y descubrí, sobrevolando la abrupta costa, una gaviota de pecho blanco y alas negras. Su envergadura y tamaño eran semejantes a los del cormorán, siendo así el doble que el de las restantes gaviotas. Su vuelo y su intenso graznido ocultaron la claridad de aquel día luminoso de julio.

No conocí hasta aquel instante la perversidad simbólica del Svartbak, pero desde entonces no ha dejado de perseguirme.

Hoy, cuando se derrumban todos mis sueños. Cuando ya todo carece de importancia y de sentido, veo con claridad lo quimérico de mis proyectos. El mal no se halla en lejanas o en próximas fronteras sino en mí y mis deseos. No adolece el mundo, en esta nueva Edad del Hierro, de una enfermedad que pueda ser eliminada con la terapia del tiempo. No es posible ya la constitución de reservas de conocimiento que preserven del contagio el saber acumulado por siglos de historia. No. Hoy todo es imposible porque es el propio hombre el síntoma de tan profunda enfermedad. Hoy toda la ciencia se encuentra corrupta y en su esencia habita el mal que nos pervierte. Sólo cabe, pues, la espera, en el más puro ostracismo, de la muerte. O la súbita autodesaparición.

Hoy instauramos, por fin, el imperio del silencio. Tal afirmación no puede convertirse en un mero impulso alegórico, si así lo creo no dejo espacio lógico para la duda o la mentira. Y

entonces mis preguntas dubitativas devienen en la mera retórica del desesperado.

¿Por qué albergar algún resquicio de esperanza en una larga vida de ermitaño? ¿Para qué mantener vivo un cuerpo envilecido por un cerebro ajeno al futuro, eterno valorador del pasado proyectado? ¿Cómo permitir este extremado languidecer del corazón? Acabemos pues.

El mensaje recibido con el fin del lunde debe ser contestado con mi aniquilamiento.

Existe en la arboleda de Hovedøya un pequeño claro. A pocos metros se alzan las ruinas del monasterio de Santa María de Hofudoy y un alto caserón donde se albergaban unos archivos de la antigua ciudad de Oslo. Desde el vacío de la crecida hierba, allí donde nada perturba la mirada, se alza un frondoso abedul. El más hermoso, el más espléndido. Desde sus verdes ramas no se divisan las ruinas que deseo olvidar. Desde aquí sólo es posible encontrarse con las copas de los distantes abedules del bosquecillo de la isla.

Mañana, al caer un sol cada día más rojizo, preámbulo del solsticio de verano, transformaré tan bello árbol en el símbolo de mi desgracia.

Hoy, por fin, soñaré por última vez, y el presagio de la leyenda del nido del svartbak se cumplirá definitivamente.

RELACIÓN DE LAS FOTOGRAFÍAS:

Todas las fotografías que acompañan al texto, salvo la primera que muestra una imagen de la cabaña de Snertingdalen (Nybak), las tomé en las ruinas del monasterio cisterciense de la isla grande del fiordo de Oslo o "Coenobium Stae Mariae in Hofudoy" en Hovedøya, Oslo.

NOTA DE AGRADECIMIENTO:

Alfons Cervera, José Luis Falcó, Javier García e Isabel Burdiel leyeron y corrigieron estas páginas. Sin ellos, sin su consejo, me hubiera agotado en el horizonte infinito de mi tranquilo delirio en Noruega.

Miguel Cubel, Agustín Peris, Juan José Berenguer, Alfonso Teruel y el resto de los compañeros de mi antigua sección sindical han sido, con su dignidad, entre canallas y lerdos, un signo elegido en estos tiempos de mediocridad.

Sin Sonja, sin su paciencia, amor y amistad habría resultado imposible imaginar el mundo de Thule y del Svartbak.

Sólo gracias al calor de mi peludo colega de los bosques, Bamsito, pude sobrevivir al frío invierno de la escritura.

Por fin después de tres días de intensa zozobra tras un indeseado robo nocturno encontraron este relato unos trabajadores de FOCSA. Su honradez me hizo recorrer junto a Menchu Saura y Uberto Stabile el Camino del Cementerio de Quart de Poblet, reencontrándome con mi Svartbak en las dependencias del basurero municipal de Valencia. Nunca el destino mostró antes tanta crudeza en una, tal vez, irónica alegoría.

Oslo, uno de diciembre de 1988



EL VUELO DEL SVARTBAK
ha sido editado
por
MALVARROSA
Ediciones.
y
se imprimieron
mil ejemplares
en la imprenta
OCMO de
Valencia.

Colección NARRATIVAS
MALVARROSA

- 1.-Svartbak
José María Izquierdo
- 2.-Babaria Blues
Rafael Camarasa